



REY CARLOS VILLADIEGO

Docente Investigador de Depto. de Administración de Empresas y Finanzas,
Universidad de Nariño.

LA TRAGEDIA DEL FANTASMA

Sorprendí a un fantasma ejecutando malabares y piruetas frente a un espejo.

- ¿Qué haces? —le pregunté.
- Intento reflejarme en este espejo —respondió.
- Miré en el cristal y en efecto su imagen no aparecía.
- ¿Y para qué quieres eso? —le pregunté, extrañado.
- Para convencerme de que existo —afirmó, y me miró desesperanzado.
- Ahora somos dos —le dije, y desde entonces cultivamos una estrecha amistad.

LA PROFECÍA DE ABEL

Un día, un rey déspota llamó a palacio a Abel, el más grande mago de todos los tiempos, quien había maravillado al imperio por su extraordinaria facultad, a la que debía su reputación, de transformar la realidad cambiando una imagen de ella.

—He aquí el hombre del que te hemos hablado, majestad —le dijo uno de los consejeros al rey.

—Él puede volver caudaloso un río seco con sólo pintarlo en un lienzo, mostrándolo torrentoso —afirmó otro consejero.

—Es capaz de convertir un paisaje en algo hermoso con sólo componer unos versos donde los colores de la naturaleza adquieran tonos sublimes —argumentó el tercer consejero.

—Incluso su magia logra convertir a un hombre feo en alguien bello, esculpiendo su rostro en cualquier material, donde tal hombre aparezca con rasgos perfectos —insistió un cuarto consejero.

El maligno gobernante levantó la mano y acalló a sus ministros.

—Sabio entre los que dominan poderes extraños —se dirigió el rey al hombre—. El imperio decae y está a punto de ser destruido. El caos se ha erigido como amo y señor de nuestras provincias; enemigos iracundos me acechan por doquier y ni mis ejércitos han podido controlar tal estado de cosas; mientras más intento reprimir las manifestaciones del mal en contra de mi gobierno más se sumerge al pueblo en un mar de confusión y violencia. He aquí nuestro Gran Libro de las Leyes —casi



gritó el rey y su rostro adquirió un aspecto terrible—. En él están contenidos los códigos que determinan el bien y el mal en nuestro pueblo. Cámbialos según te dictamine tu sabiduría y con tu magia aseguraré mi poder sobre el imperio y la paz volverá a reinar entre mis súbditos.

Y diciendo esto le entregó al sabio un grueso volumen de pergaminos. Los consejeros esperaban con ansiedad la respuesta del sabio.

—Habéis equivocado el arte de mi magia —sentenció el gran sabio.
—¿Te niegas acaso?—se adelantó un consejero.

El gran mago permaneció en silencio.

Entonces el rey acusó de traición al gran sabio, el más grande de todos los tiempos, y ordenó decapitarlo; pero antes, ideó un ardid contra el sabio para darle, irónicamente, otra oportunidad. En verdad, cuentan a través de los siglos los más diestros en los oficios mágicos, el monarca mandó hacer un dibujo en el que Abel aparecía decapitado y su cabeza rodaba por el suelo. La noche en que lo llamó a sentenciarlo le dijo:

—Mañana temprano será tu ejecución. Así será tu muerte —y le entregó el dibujo—. Basta con que cambies el dibujo sin utilizar tinta ni pluma, y mañana veremos si el verdugo no cumple mi mandato.

El sabio fue encerrado en una celda.

En la mañana los carceleros lo llevaron ante su majestad. El gran Abel, el más grande mago de todos los tiempos, había dormido toda la noche.

—Y bien, gran mago, traidor del imperio, ¿impedirás tu muerte? —le preguntó el rey, con burla.

—Habéis equivocado la magia de mi arte —repitió el gran sabio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el rey extrañado; luego, su gesto lo convirtió en un sátiro y ordenó a sus consejeros que le quitaran el lienzo para ver la pintura que supuestamente el sabio habría realizado.

—Concededme una última petición —los detuvo el sabio.

El rey le exigió que hablara.

—No miréis este lienzo hasta que haya terminado mi vida.

El rey soltó una diabólica carcajada, pero se encolerizó, pues esperaba el arrepentimiento del sabio. No obstante, aceptó.

El gran mago asió con fuerza el lienzo enrollado y caminó escoltado hacia el cadalso. Desde su trono, el rey observó la decapitación en el patíbulo central del palacio.



De inmediato, los guardas arrebataron el lienzo de la mano yerta del gran sabio y se lo llevaron al rey.

El déspota lo desenrolló, con sonrisa de satisfacción, pero al contemplarlo una mueca de terror apareció en su rostro y lo dejó caer.

Uno de los consejeros lo recogió y exhaló una queja al ver el cuadro. Los demás consejeros lo rodearon y aterrados observaron la pintura: Era el mismo patíbulo central del palacio, con todo su decorado; el verdugo, en el cuadro, acababa de ejecutar a alguien, y en la tarima la cabeza de su rey rodaba por el suelo.

AUTOPSIA

En su cuerpo sólo hallaron ciudades.

...Vejez

Mi corazón teje telarañas.

LA PESADILLA DEL ORÁCULO

—...Y vi en el sueño que monstruos de todo tipo me acosaban: Emperadores y reyes malignos; sacerdotes de la inquisición; engendros, androides y simios; genios de lámparas maravillosas que me encarcelaban; gigantes aterradores, Antihombres de variadas calañas... Y todos desgarraban la piel de mi rostro con los cuchillos de sus uñas afiladas; mientras, la sangre corría por mi cara destrozada, ahora inexistente —dijo el muchacho.

—Son los dragones del imperio contra los que habrás de luchar, si es que deseas reconocerte algún día en la multiplicidad de tu ser —le contestó el Oráculo, y al momento éste se despertó.

Desde entonces trata de descifrar el enigma.

EL IMAGINADOR

Un hombre vivía feliz imaginando historias. Se encerraba entre cuatro paredes, noches, días, semanas y meses, escribiendo invenciones que pretendían parodiar la vida de los seres humanos. Así pasó muchos años, toda una vida, hasta que un día quiso vivir como los demás mortales, pero le fue imposible por una de las siguientes razones:

- a. Su imaginación había comenzado a volar sola y él no pudo controlarla, y por esto lo tildaron de loco.
- b. El mundo de los mortales no se parecía en nada al de sus invenciones, y por esto lo tacharon de marciano.





c. Creyó que la realidad era una ficción más y la confundió con sus invenciones, y por esto lo calificaron de soñador.

En cualquier caso, el hombre se había convertido en una más de sus ficciones.

EL ENGENDRO

El omnipotente, una vez terminada la pequeña escultura de barro, sopló mágicamente sobre ésta y tras unos cuantos conjuros la inanimada figura cobró vida y creció como un gigante; cuando creyó alcanzar el infinito, la creatura volvió sus ojos con arrogancia sobre el todopoderoso escultor y, levantando su pierna gigantesca, lo aplastó sin compasión.

LA ZORRA QUE SE ASOMÓ AL REINO HUMANO

Cansada la zorra de escuchar entre sus congéneres las grandes hazañas de los seres humanos, sus grandes dotes intelectuales, la astucia y las artimañas que tanta fama le han dado al hombre, decidió un buen día asomarse a una de las grandes ciudades, templos conmemorativos de las hazañas del género humano, con tan buena –o mala– suerte que se asomó a una fiesta en la que celebraban las obras de un famoso fabulista, a las que le otorgaban el carácter de literatura. Extrañada con tanta invención no tuvo más remedio que leer las obras del aclamado autor. Y su decepción fue grande, pues se dio cuenta que en tales obras los animales eran tratados al amañó del autor; unos ridiculizados, otros, exaltados, y en ningún caso tratados justamente; y vio cuán poco sabían los hombres de los animales, pues en todas esas historias sólo se hablaba de los mismos hombres. Entonces la zorra regresó a su selva, desencantada de los hombres y orgullosa de su especie, pues estaba convencida de que tanta fama del hombre había sido prodigada por los animales.

EL HOMBRE QUE SE VISTIÓ DE PAYASO

Un hombre decidió vestirse de payaso para de esta manera entender a sus disgéneros. Y estuvo mucho tiempo vestido e imitando la vida de los payasos, hasta que un día, creemos, le sucedió uno de estos eventos trágicos:

- a. Quiso vestirse con su indumentaria de antaño, pero los demás payasos se lo impidieron.
- b. Olvidó su condición de hombre y fue un payaso feliz.
- c. Se sintió feliz como payaso, aunque no se olvidó de su condición de hombre y por esto se alcoholizó y se volvió escritor para remediar su culpa.

En cualquier caso, los payasos se sintieron salvados.

